

Elena. Y ¿por qué esta emulación no se ha de atribuir más bien á un deseo de adelantar en la virtud?

Teresa. En lugar de *emulación*, dí *envidia*; y te explicarás con más propiedad.

Francisca. Pues ¿en que conoces tú, que esto es envidia, y no emulación?

Teresa. En las quejas, murmuraciones, descontentos secreros, y amilanamientos que de ahí se originan siempre: lo cual nunca se encuentra en la que es verdadera emulación.

Elena. ¿Con que en eso quieres darnos á entender, que un alma envidiosa se vé cogida y hecha presa de todas estas consecuencias de la envidia?

Teresa. No hay necesidad de decirlo; harto lo experimentan todos los que adolecen de este achaque.

Francisca. Muchos escollos son esos para la virtud.

Teresa. Tienes razón; por eso mismo, no en valde se nos recomienda tanto la vigilancia en el Evangelio (1)

Elena. Dándote las debidas gracias por este nuevo hallazgo, nos vamos á trabajar con todo empeño, para aprovecharnos de él.



(1) Máthth. 24. 42.; Marc. 13. 33.; Luc. 21. 36 : Et aliib.

CONVERSACION XXVIII

SOBRE LOS OBSTÁCULOS PARA EL ADELANTAMIENTO EN LA VIRTUD.

Delfina. Siendo muy grande el deseo que tenemos de hacer progresos en la virtud; me parece que atrásemos, más que adelantamos.

Eufemia. No obstante eso, ya sabéis, y se os repite frecuentemente, que *en el camino de la virtud el no adelantar es retroceder*.

Fructuosa. Ya se vé que lo sabemos; y eso mismo es lo que nos da pena.

Eufemia. Pero pregunto yo: ¿habéis indagado con toda seriedad, cuál pueda ser la causa de esto?

Delfina. Hasta ahora nos hemos contentado solamente, con lamentarnos de ello.

Eufemia. Eso no basta, no; es necesario llegar hasta la raíz del mal, para aplicar el conveniente remedio.

Fructuosa. Nosotras lo atribuimos á nuestros pecados.

Eufemia. Pues no solamente los pecados son los que suelen atajarnos en el camino de la virtud.

Delfina. Descúbrenos, en amistad, los demás impedimentos que hubiere, para que los remedemos prontamente.

Eufemia. ¿Por ventura no consistirá también en que quizá no velaríais bastantemente sobre vuestras inclinaciones naturales, sobre el humor, sobre la propia voluntad y sobre el propio juicio?

Fructuosa. Pero nosotras no advertimos, que en nada de todo eso pueda haber tanto daño.

Eufemia. Como aquí no se trata de retroceder, sino de adelantar; sucede lo mismo que con un Mercader, el cual no se contenta con no perder, sino que también quiere ganar; y mira todas las ocasiones en que no gana, como verdaderas pérdidas, y como verdaderos obstáculos para enriquecerse.

Delfina. En eso no nos parábamos nosotras á pensar.

Eufemia. Pues ved ahí cabalmente la causa de que no adelantéis, y de que perdáis tanto en el comercio ó negociación de la vida espiritual.

Fructuosa. Hazlo de modo que lo comprendamos mejor.

Eufemia. Todas cuantas veces siguiéreis á ciegas vuestras inclinaciones naturales, sin otra razón ni motivo, que el querer seguir las; faltáis á la mortificación, á la violencia que debéis hacer para ganar la victoria sobre vosotras mismas. Y pregunto: el obrar de esta suerte, ¿no es dejar de ganar?

Delfina. Pero no hay obligación á tanto, como todo

eso.

Eufemia. Si la hay, con vuestra licencia, si es que se desea adelantar en la virtud.

Fructuosa. Vivir de esa manera, es hacer la vida muy pesada y muy tediosa.

Eufemia. ¡Hola! ¿Acaso á un Mercader se le hace molesta ni pesada la atención con que á todas horas está como en acecho, para no dejar escapar ocasión ninguna de ganar algo?

Delfina. Eso mismo nos parece á nosotras una incomodidad suma.

Eufemia. Verisímilmente nace esto de no tener vosotras tantos deseos de adelantar en la virtud, como tiene un Mercader de acrecentar sus ganancias.

Fructuosa. Pero eso no disminuye ni minora la gracia de Dios.

Eufemia. ¡Ojalá! Más tampoco la aumenta seguramente; y para adelantar en la virtud, es necesario se aumente la gracia; puesto que el adelantamiento en aquella consiste en el aumento de esta.

Delfina. ¿Dices eso mismo, tocante al humor?

Eufemia. Lo propio digo; pues cuando este llega á dominar, es respecto de la gracia, lo que la cizaña respecto de la buena semilla, que la quita que crezca y fructifique.

Fructuosa. Esa comparación da á entender mucho.

Eufemia. Verdad es; pero ved bien, si acaso dice algo de más.

Delfina. No habíamos pensado nosotras jamás en tal cosa.

Eufemia. Bien está; pues no os quejéis de que nada adelantáis: esa es la causa.

Fructuosa. ¿Qué otra cosa más debemos hacer en adelante?

Eufemia. Es necesario ir combatiendo poco á poco vuestro humor; y no dejarle que se apodere y prevalezca.

Delfina. Más bien quisiéramos abolirle y quitarle de todo punto.

Eufemia. Sin duda que eso sería lo mejor; más en caso de que no podáis salir con ello, á lo menos, no le dejéis dominar jamás.

Fructuosa. ¿Y se debe temer otro tanto por lo que mira á la voluntad propia?

Eufemia. Lo mismo absolutamente.

Delfina. Pues ¿qué hay de malo en dar gusto á su propia voluntad?

Eufemia. Yo te pregunto á tí, ¿qué es lo que puede haber de bueno en hacerlo?

Fructuosa. Fácilmente creo yo, que eso no puede ser bueno.

Eufemia. ¿No consideráis, que eso es vivir en una inmortificación continua?

Delfina. Convenimos en eso.

Eufemia. Ahora bien, decidme: la inmortificación ¿será un medio bueno ni á propósito para aumentar la gracia, que es de donde depende el adelantamiento en la virtud?

Fructuosa. Ya vemos, y aun palpamos este inconveniente.

Eufemia. Hay otro aún; y es, que haciendo siempre su propia voluntad, se está muy poco dispuestas para hacer la de otros.

Delfina. Pues ¿qué? ¿No es bastante el estar siempre prontas á obedecer á Dios y á los Superiores?

Eufemia. Eso bueno es; pero, de gracia, decidme: una persona acostumbrada á hacer en todo su voluntad, ¿obedece siempre de buena gana ni á Dios ni á sus Superiores?

Fructuosa. Debe hacerlo, por lo menos.

Eufemia. Bien dices, que debe hacerlo; pero ¿lo hace siempre? La euvejecida costumbre de hacer en todo su voluntad, ¿no la asalta de mil maneras en estas ocasiones, haciéndola sentir mil repugnancias?

Delfina. Harto lo experimentamos, ciertamente.

Eufemia. Yo me alegro de que convengáis conmigo en esto: y decidme: una persona que desea con ansia adelantar en la virtud, ¿deberá contentarse con obedecer á Dios, y á sus Superiores? Eso sería no hacer más que lo mismo que el más imperfecto de los Cristianos está obligado á hacer.

Fructuosa. Yo bien entiendo, que esa tal persona está obligada á hacer alguna cosa más.

Eufemia. Hacedlo, pues, así, y extended vuestra obediencia á toda clase de personas, y á toda ocasión indistintamente: ahí es donde haréis lucir y resplandecer vuestra virtud.

Delfina. Resueltas estamos á hacerlo puntualmente.

Eufemia. ¿qué mérito tuviérais, ni qué progresos haríais, si no llegáseis hasta ese grado?

Fructuosa. Y por lo que toca á nuestro propio juicio, ¿qué pides hagamos?

Eufemia. Lo que os pido es, que tampoco á este le déis oídos; lo mismo que he dicho de todo lo demás.

Delfina. Pues ¿qué peligro encuentras tú en que se le oiga y obedezca?

Eufemia. El de que, si le diéreis oídos, tirará á persuadiros, que tenéis siempre razón.

Fructuosa. Y ¿qué? ¿No será bueno el obrar siempre en esta persuasión?

Eufemia. No; se entiende cuando por un efecto de presunción, de tema y de ceguedad, se cree tener siempre razón.

Delfina. Admiración nos causa lo que sobre esto nos dices.

Eufemia. El que de verdad es humilde, lejos de creer que tiene siempre razón, teme las más veces no tenerla.

Fructuosa. Más ¿qué importa que se piense lo que se pensare, con tal que se obedezca?

Eufemia. Sin duda, que vosotras no pensáis en lo que decís, cuando habláis de esta suerte.

Delfina. Pues ¿qué malo es eso?

Eufemia. ¿No véis, que de esa manera perdéis todo el fruto de la obediencia? Es cierto, que obedeceréis exteriormente; pero no obedeceréis de corazón, puesto que en el mismo hecho de obedecer vuestro propio juicio os hará pensar ó que se os hace agravio en mandaros, ó que se os manda mal.

Fructuosa. Verdad es, que á veces sucede puntualmente esto que tú dices.

Eufemia. Bien; y ¿qué juicio hacéis de una tal obediencia? ¿Será á propósito para haceros adelantar en la virtud?

Delfina. No, sin duda.

Eufemia. Pues no me preguntéis ya, por qué no adelantáis; y por que os estáis siempre en un mismo estado, esa es la causa.

Fructuosa. Tan obligadas quedamos á tí por todos esos descubrimientos, que no cahe más: y procuraremos aprovecharnos de ellos, con el socorro de la divina gracia.

Eufemia. Yo lo deseo con todas aquellas veras con que os amo.



CONVERSACION XXIX

SOBRE LAS VIRTUDES CARDINALES.

Angela. De buena gana vendríamos á conversar contigo para escucharte, si supiéramos que tenías algunos ratos desocupados; pero no quisiéramos tampoco quitarte aquellos momentos preciosos, que tan útilmente empleas.

Dorotea. A la hora que se trate de complaceros y serviros, me tendréis siempre pronta; mirando yo como muy bien empleado el tiempo que pasare con vosotros.

Constancia. Las dificultades que nos ocurre proponerte, son acerca de las *Virtudes* que llaman *Cardinales*; deseando con ansia saber, cuáles son estas; y por que se nombran así.

Dorotea. Cosa fácil es satisfaceros. Las *Virtudes Cardinales* son: *Justicia*, *Fortaleza*, *Prudencia* y *Templanza*. Llámanse: *Cardinales*, porque todas las demás *Virtudes* se fundan y se apoyan sobre ellas; y porque sin estas mismas no se pueden practicar las otras, según y como es menester.

Angela. entendemos ya la causa de su denomina-

ción. ¿Quieres decirnos ahora, qué juicio haces de cada una de estas virtudes en particular?

Dorotea. Comenzaré por la *Justicia*, diciéndoos, que esta virtud está casi desterrada de la sociedad de los hombres. Suelen encontrarse muchos, que son caritativos y que tienen compasión; pero hay muy pocos, que sean justos y equitativos, por lo menos, en lo general.

Constancia. En verdad, nos sorprende el oír eso. Ten la bondad de decirnos, en qué te fundas para asegurar una cosa como ésta.

Dorotea. Vedlo aquí: porque en el ejercicio ó administración de la *Justicia*, se necesita muchas veces olvidarse de sus propios intereses, para dar valor á los de los demás; se necesita frecuentemente agravarse la carga á sí propio y á los Suyos, á sus parientes y Amigos, por aliviársela al pobre á la Viuda, y al huérfano, y aun á su propio enemigo. Y es constante, que hay pocas personas que lo hagan así: de donde nacen todas esas atroces injusticias que inundan la tierra.

Angela. Y ¿qué es lo que piensas en orden á la *Fortaleza*. ¿Por ventura es algo más común que la *Justicia*?

Dorotea. Esta virtud es también rarísima. Como no consiste solamente en la fuerza ó fortaleza del cuerpo, sino en la fortaleza del alma; hay muchísimos que juzgan tenerla, y no la tienen en realidad.

Constancia. Pues haznos favor de decir quienes son los que poseen esta virtud.

Dorotea. Aquellos que son dueños de sí mismos, y que saben enseñorearse de sus pasiones. Aquellos que no saben lo que es ceder al tempr, ni á la adulación. Aquellos en fin, que intrépidamente practican el bien, sin ladearse nunca á la diestra ni á la siniestra.

Angela. Al paso que vas hablando, avivas más nuestro anhelo por saber, y por instruirnos. Dí, dí, que cosa es *Prudencia*.

Dorotea. Es una virtud sumamente amable, y sin la cual no es posible tener acierto en nada casi: y aun digo más; que sin ella, los negocios mejores y más bien concertados, se barajan y malogran.

Constancia. Explicanos, si gustas, en qué consiste esta virtud.

Dorotea. Consiste en escoger el tiempo y los momentos oportunos para cada cosa: consiste en elegir los medios seguros y proporcionados, para salir bien de cualquier negocio. Con el socorro de esta virtud se sabe callar y hablar á propósito; se sabe obrar con oportunidad, y dejar de obrar también: en una palabra; sabe cada uno conducirse con acierto en todas las cosas.

Angela. Habiéndonos dicho ya tantas cosas acerca de estas tres Virtudes; ¿te queda todavía algo que añadir tocante á la *Templanza*? Porque á mí me parece, lo has dicho ya todo.

Dorotea. Si conociérais bien esta virtud, sabríais, que ella tiene sus peculiares caracteres ó señales, y ventajas, como las demás virtudes; y que no es menos ne-

cesaria en esta vida, que la Justicia, Fortaleza y Prudencia.

Constancia. Pues explicanos esos caracteres; porque estamos ya muy deseosas de saberlos.

Dorotea. Esta virtud es absolutamente necesaria para el ejercicio de las otras tres. Porque sin la *Templanza*, la Justicia no guardaría en todas las cosas en justo medio ni una justa igualdad: la Fortaleza podría tal vez degenerar en temeridad; la Prudencia sería muy tímida, ó demasiado cautelosa: con que la *Templanza* es la que hace que estas tres Virtudes se contengan dentro de los límites de una justa moderación.

Angela. Y pregunto: La *Templanza* no se extiende más que á moderar el ejercicio de solas estas tres Virtudes?

Dorotea. También sirve para moderar todas las demás cosas; como son, la comida y la bebida; el descanso y las diversiones; el adorno y los muebles de casa; y generalmente, todo lo concerniente á los placeres, regalos y comodidades de la vida.

Constancia. Antes de concluir nuestra Conversación, permite que te pregunte, ¿si podrán separarse estas Virtudes entre sí?

Dorotea. No por cierto, si es que se han de obtener en un perfecto grado; porque de tal modo se necesitan y se ayudan mutuamente, que, quitada una, todas las demás se debilitan y destruyen: así que, el que quisiere ser verdaderamente virtuoso, debe reunir las todas, y no separarlas jamás.

Angela. Quedamos sobremanera obligadas y reconocidas á las lecciones que nos has dado, y que ciertamente no podemos apreciar ni practicar como es debido; pero, no obstante, nos ausentamos de aquí con ánimo de trabajar á este fin cuanto esté de nuestra parte.



CONVERSACION XXX

SOBRE LA TEMPLANZA.

Catalina. Te tengo por demasiado escrupulosa, mediante no atreverte á probar siquiera una fresa, una guinda, ni un grano de uvas, fuera de las horas de comer.

Coloma. No es por escrúpulo el abstenerme yo de ese modo; sino por razón.

Genoveva. Pues que razón puede haber para eso?

Coloma. El no tener entonces necesidad; y para mí, la necesidad sola es la única razón para comer.

Catalina. ¿No tienes más razón, que esa?

Coloma. Y es muy suficiente; pero, pues me pedís alguna otra, voy á satisfaceros: mirad: si yo comiese hoy, fuera de la hora señalada, una guinda, mañana quizá comería cuatro, y pasado mañana, doce; y á este tenor iría quebrantando las reglas de la Templanza.

Genoveva. Tampoco yo aprobaría el que se comiesen tantas; pero el gustar una ú otra como de paso, ¿qué puede tener esto de malo?

Coloma. En habiendo prudencia, para nada se toma licencia una persona, por el miedo de excederse.

Catalina. Pero dime: ¿qué tiene eso de malo?

Coloma. Ya lo he dicho; quebrantarse la Templanza; y obrar no tanto por razón, como por sensualidad.

Genoveva. Pues ¿qué? ¿Hay alguna ley, que tal prohíba?

Coloma. La misma ley, que nos obliga á guardar Templanza, nos prohíbe también lo que puede ser contra ella.

Catalina. ¿Solamente se contraviene á esta virtud, comiendo sin necesidad y fuera de las horas regulares?

Coloma. También se quebranta cuando se come, ó se bebe con exceso.

Genoveva. Ese vicio es propio de gentes brutales; y así, nosotras no necesitamos tomar precaución ninguna contra él.

Coloma. Hay diferentes géneros de excesos: y aunque no siempre se incurra en los más torpes, ó más considerables, que son los que tú atribuyes á la gente brutal, no se infiere de ahí, que se haya de estar libres de todos.

Catalina. A lo menos nosotras, por la gracia de Dios, juzgamos estar exentas de todos ellos.

Coloma. ¡Ojalá sea así! Con todo eso, los mayores se ponían á considerar, cuán corto es el paso ó tránsito que hay desde la necesidad hasta la sensualidad.

Genoveva. ¿Quieres citarme alguno? Pues lo que yo busco es convencerme.

Coloma. No tienes más que abrir y leer el precioso libro de las Confesiones de S. Agustín (1), y allí verás los muchos temores, que con este motivo tenía este grande hombre y Doctor insigne.

Catalina. Yo entendí, que ibas á citar alguna niña, ó alguna devota mujer; y eso no me causaría admiración.

Coloma. Te cito uno de los mayores hombres y de los más célebres Doctores de la Antigüedad; así, no puede sospechar de él la menor debilidad ni flaqueza.

Genoveva. Cedo desde luego á una tal autoridad; temiéndome ya mucho no ser tan inocente en esta parte, como yo pensaba: pero pregunto: ¿no hay otros escollos que temer, además de los referidos?

Coloma. También se debe temer el gastar en comer y beber, más de lo que permite el estado y condición de cada uno; y tener una mesa suntuosa y espléndida.

Catalina. Pues ¿qué? En habiendo dinero para ello, ¿no se podrá gastar todo cuanto se quiera, en tener una mesa abundante y exquisita?

Coloma. No por cierto: en materia de comer y vestir, siempre es necesario que cada uno consulte á su condición y clase, y no precisamente á su bolsillo; y en caso de que el dinero le incomode, fácilmente se eximirá de esa molestia, entregándoselo ó repartiéndolo á los pobres.

Genoveva. ¿Esto es todo lo que hay que hacer, para no faltar en nada á la Templanza?

(1) Véase el libro 10 cap. 31.

Colóma. Es menester así mismo evitar el regalarse con demasiada delicadeza.

Catalina. Según eso, habrán de buscarse siempre las cosas más mal compuestas, y más desaseadas?

Colóma. No tanto; pero sí es menester no buscar con demasiada solicitud, que las cosas estén lo más deliciosamente sazonadas que ser pueda.

Genoveva. Con que ¿no será lícito refír ni alzar el grito, cuando las cosas no estén á medida del paladar?

Colóma. Se podrá, sí, advertir y aun reprender seriamente esto mismo en un tono de voz regular; pero no levantar el grito, porque eso denota un alma sensual.

Catalina. Acaba, acaba de instruirnos, pues nos da mucho gusto oírte.

Colóma. Para guardar Templanza, es necesario también, cuidar mucho de no comer con una precipitación y con una ansia, que más antes parezca engullir y tirar á ahogarse, que á nutrirse.

Genoveva. Pero ¿qué se ha de hacer para comer despacio y con pausa, cuando el hambre aprieta mucho?

Colóma. ¿Qué se ha de hacer? Comer como racionales, y no como bestias.

Catalina. Esta respuesta me hace acordar al presente, de que en otra Instrucción, antes de ahora, se explicaron los diferentes modos que hay de comer: si quisieras repetirlos aquí, nos darías un grandísimo gusto en ello.

Colóma. A lo que yo me acuerdo, son los siguientes. Comer como bestia, es comer por contentar la

sensualidad: comer como hombre, es comer conforme á la razón: comer como Cristiano, es comer por voluntad de Dios y para gloria suya: comer como Angel, es comer alimentándose interiormente con la presencia de Dios.

Genoveva. Después de haber recibido de tí tantas instrucciones, solo nos resta ahora darte las debidas gracias, y suplicarte pidas al Señor, nos haga la merced de que las pongamos fielmente en práctica.